

dad americana, incide en su crítica radical del país, se emociona ante la grandiosidad de los paisajes, le gusta Nueva Orleans por su flora, su fauna, su comida y su belleza; en Ohio descubre el negro infierno de Vulcano, y en Detroit, la máxima deshumanización; en Chicago, el dinamismo; en Hollywood, que la mayoría de las personas se venden por dinero y allí reafirma su autonomía: no le importa la fama, quiere ser él mismo y escribir siempre según sus impulsos, y, por fin, encuentra un hogar. Este largo periplo por la inmensidad de América es en realidad un viaje alrededor de sí mismo. Henry Miller no ve a América de un modo objetivo, no es ese su interés. Ve a América desde sí mismo y para sí mismo. Instalado ya en Big Sur se encuentra un hombre nuevo: el hombre que, seguro del camino emprendido, espera con confianza el éxito ya inminente de su obra. También de este viaje no transmite como legado un libro: "Pesadilla de aire acondicionado".

Henry Miller, al que vemos en estas cartas renacer varias veces, conserva a lo largo de todas ellas la identidad del estilo: frases rotundas, contundentes, breves. Afirmaciones tajantes. Escasas interrogaciones. Los adjetivos califican la realidad nombrada con sus atributos fundamentales. Rara vez se acercan a ella a través de matizaciones imprecisas. Salta de unos aspectos de la realidad a otros sin transición, con rapidez. Su mirada es inquieta, apasionada. El retrato que de sí mismo hace Miller es audazmente sincero. A nosotros nos corresponde reconocer: ¡he aquí el hombre!, ¡he aquí el artista!

Respecto a la edición conviene destacar la introducción de Gunther Stuhlmann y las abundantes y precisas notas acerca de los amigos y personajes que aparecen en la correspondencia. ■ MARIA JESUS ORBEGOZO.

Sciascia o el tábano que no cesa

Cándido, el inolvidable personaje inventado por Voltaire, acompañado por el filósofo Martín, visita en Venecia al señor Pococurante, un noble veneciano. La visita le proporciona a Voltaire la ocasión de realizar a la ma-

nera cervantina un divertido, heterodoxo y desmitificador "escrutinio" de la biblioteca del veneciano.

En cierto momento, repasando libros, Pococurante, ante una "cándida" observación de Cándido, responde: "Es hermoso escribir lo que se piensa, es un privilegio del hombre. En toda nuestra Italia se escribe nada más que lo que no se piensa".

Esta hermosa frase volteriana cuadra perfectamente con la actitud de ese fustigador de conciencias acomodaticias, que, a veces, se hace molesto. Y, sin em-

bargo, no hace otra cosa que seguir el consejo del señor Pococurante. Decir lo que se piensa, disfrutar de ese privilegio que posee el hombre, por serlo, es lo que viene haciendo, desde hace mucho tiempo, Leonardo Sciascia (Racalmuto, Sicilia, 1921).

Habrà que salvar las distancias que se quiera, pero cuando uno lee una entrevista con Sciascia (y en los últimos meses han aparecido, al menos, dos en esta revista y una en "El País Semanal") o mediata un artículo de José Luis L. Aranguren, llega a la conclusión de que algo une a los

dos intelectuales; de que los dos saben cuál es su papel: ser lo más parecido al tábano, que irrita, desazona, molesta.

Y por si hiciera falta dar ejemplos, aquí van dos. Sciascia arremetiendo contra actitudes y posiciones del PCI (y no sólo contra la DC, que eso lo puede hacer cualquiera). O Aranguren recordando a la izquierda española, que hoy casi con unanimidad condena (muy justamente) el terrorismo de ETA, que esta organización es la misma —con una meta que alcanzar— que la que fue aplaudida cuando cometió

ADIOS A LAS LETRAS

Las condenas de Mario

A Mario Vargas Llosa pueden condenarlo por decir la verdad acerca de su país.

Si condenan a Mario Vargas Llosa habrán condenado a su país. ¿Debe permitir Mario que lo condenen? ¿No cometerá un crimen patrio, en este caso, al hacer revertir su falta en el propio Estado peruano?

Vivimos un mundo de locos. Mario Vargas Llosa escribió, dijo, afirmó, insinuó o proclamó a los cuatro vientos, que los niños de Perú, su tierra, se pelean con los perros por conseguir la comida. Nada hay más noble que decir la verdad. Nada hay más noble que buscar comida para no morir

de hambre. Nada hay más cobarde que negar lo que es obvio.

El Estado peruano ha negado lo que es obvio. Amigos míos que regresan de Perú relatan que la denuncia —el anuncio, en realidad, porque antes no se declaran estas cosas— del escritor peruano peca por prudente: la realidad es aún más dramática.

Aquí, en España, se silenciaban hasta hace poco las cosas para que no ocurrieran. Ocurrían, pero entonces se seguían silenciando para que se pudieran en la nada del anonimato. Ahora se siguen perpetrando iguales crímenes de silencio, pero ya se va recubriendo a la censura con los velos de lo pasado. Resurge de vez en cuando, pero ya tiene los músculos fíccidos, los pómulos blancos, la cara amoratada.

Yo he visto a los niños peruanos pegarse por la comida. En realidad, yo no los he visto, porque jamás estuve en Perú, pero creo en la palabra de Mario Vargas Llosa. Ahora que todo el mundo firma declaraciones sobre aquello que no hizo para solidarizarse con los que sí lo hicieron, no estaría mal que los españoles dijéramos cuántas veces, dónde y cómo hemos visto pelear a los niños por un pedazo de pan.

La vía peruana al pedazo de pan es la pelea entre los niños. No está mal que en este Año Internacional del Niño el Gobierno peruano haya decidido ocultar lo obvio, ponerle puertas al campo de denuncia de Mario Vargas Llosa.

En toda acción contra los escritores, el pasado mueve montañas.

La buena sociedad peruana no le habrá perdonado aún a Mario Vargas Llosa los libros que éste escribió sobre las costumbres de ese grupo social. Un escritor puede ser un partido político al que siempre se le busca un revés. En este caso, el respeto a la patria han querido que sea pagado con el silencio sobre lo que ocurre. Los que hemos visto a ese gentleman de la literatura suramericana subido a la tarima de su razón podemos tener la seguridad de que él no se bajará de esa tarima para afirmar lo contrario y decir que no hay hambre en Perú. ■ SILVESTRE CODAC.



Mario Vargas Llosa.



Leonardo Sciascia.

una acción antifranquista: hacer volar a Carrero Blanco.

Observador atento, el italiano, de la situación política de su país, antiguo participante (como independiente) en una candidatura comunista, incluido su nombre en las listas del Partido Radical en las últimas elecciones, Sciascia es el mismo cuando polemiza acerca de "El caso Moro" (Argos-Vergara, 1979), cuando concede una entrevista o cuando publica una novela como "Cándido o un sueño siciliano" (1). Pues Sciascia es, antes que nada, un excelente narrador.

Empecemos por el final. Paseando Cándido —el "siciliano"— y el arcipreste don Antonio Lepanto (supo, nos dirá Sciascia, salir de una Iglesia, la católica, pero no pudo prescindir de otra, la del PCI) por las calles parisenses, escenario del mayo francés (¿Eran nuestros abuelos o nuestros nietos?, le interrumpió Cándido), se topan con la estatua de Voltaire. El ex arcipreste, exultante, grita: "Ese es nuestro padre, ése es nuestro verdadero padre".

Resulta sorprendente que Sciascia, poseedor de esa ironía que tan bien maneja, de esa burla perfectamente volteriana, no hubiera escrito antes este "Cándido", a imitación del original aparecido en 1759. Y, sin embargo, el relato de Sciascia está fechado a finales de 1977 en Raccalmuto. Parece la contribución del novelista siciliano a la conmemoración, al año siguiente, del bicentenario de la muerte de Voltaire.

La etapa política de la Italia

(1) "Narradores de hoy", traducción de Ana Colázar. Bruguera, Barcelona, 1979.

de hoy comienza, posiblemente, una noche, en que desembarcan en Sicilia las tropas norteamericanas. En esa noche, la del 9 al 10 de julio de 1943, nace en una gruta, a resguardo de los bombardeos, Cándido Munafó.

Este Cándido crecerá, aunque no tanto, junto a la Democracia Cristiana, recogido —su padre muere; su madre huye con un "liberador" norteamericano— por su abuelo, transformado, de la noche a la mañana, de viejo fascista en senador democristiano.

Traba amistad con el arcipreste don Antonio —en quien parecen confluír los filósofos Pangloss y Martín del original volteriano—. El cura cuelga los hábitos. Ingresan los dos en el PCI. Pronto, Cándido se sentirá incómodo y se excluirá. El arcipreste, no. Tiene necesidad de estar arropado y aunque, al final, se considera bastante "gauchista" no puede prescindir del carnet del partido.

Con el mismo fin que Voltaire, Sciascia, mediante la ironía, señala los defectos de la sociedad italiana que le ha tocado vivir y denuncia el nulo espacio que se reserva a los ingenuos como Cándido, perfectamente lúcidos, no obstante.

El irracional comportamiento de sectores burocráticos del PCI (causa de algunos de los episodios más divertidos del libro), el irresistible ascenso de la DC —los dos ejes de la política italiana— son caricaturizados por Sciascia en esta novela, llena de humor, que, además, consigue no aburrir al lector. Pequeña vanidad que se permite Sciascia, afirmándolo, al final del libro. ■
JAVIER GOÑI.

Heliodoro, ¿una broma de amigos?

El premio Heliodoro —cuyas incógnitas siguen sin resolverse al cierre de esta edición— entraña, desde su convocatoria y desde su planteamiento, algunos temas, divertidos y serios, sobre la producción cultural en este país. Haciendo un poco de historia, el Heliodoro se convocó hace ya muchos meses, dotado con diez millones de pesetas, como premio capricho: un mecenas, que no daría su nombre porque era un indiano que quería permanecer en el anonimato, dotaba esta cantidad, sin carácter periódico en principio —es decir, sería la única edición del premio—, porque quería encontrar una novela, como aquel que busca un hombre bueno.

Ni uno solo entre los escritores dejó de pensar por un momento en aquella ocasión. Era un dinero que entre la suerte y el trabajo —tan tan unido a la suerte su trabajo...— podrían hacerle caer en las manos. Y así llegaron a Heliodoro, una editorial conocida sólo entre bibliófilos, cientos de originales. Mucho más tarde, al filo ya del Planeta, una editorial grande, Argos-Vergara, se ofrecía para publicar la novela ganadora, mientras corrían historias diversas; una de ellas nos mostraba a don Heliodoro, que sería el indiano, dejando en testamento toda su fortuna para bien de los escritores y desesperación de sus herederos desheredados.

¿Para bien de los escritores? En una de las primeras notas de prensa de Heliodoro-Argos aparecían, con el agradecimiento del mecenas, del editor, de todo el mundo, la lista de escritores rechazados en el premio. Nombres, apellidos, títulos, porque en este concurso estaba prohibida la plica. Los escritores tenían que dar la cara. Y vaya que la daban. Más tarde

se supo que la selección la había hecho, él solito, un crítico de arte y escritor de novelas él mismo, que muchas veces ha hecho públicos sus gustos literarios: Manuel García Viñó. Y también se supo que el Jurado permanecería en el anonimato, junto con el mecenas, en las mismas tinieblas.

Así empezó el "show" del fallo. Antonio Fernández, Heliodoro, abrió las papeletas en cuyo control no había ni notarios ni similar, y confesó conocer con anterioridad el fallo, "puesto que él era, obviamente, quien había guardado las papeletas en sobres de la editorial". Y entonces fue cuando Angel María de Lera, y la Asociación Colegial de Escritores en pleno, que estaba allí, comenzó el fuego en el que se habló de Juzgado de guardia, y también, claro, del poder del dinero. Todo el mundo pedía que se le tratara bien, desde el editor hasta, por orden, el mecenas. Y empezó a surgir la sombra de la mentira total, del juego y de la magia, diría el editor, porque empezaba a estar en la cabeza de todos el que no había Jurado ni mecenas, ni diez millones ni nada. Tal vez, ni ganador, porque este Claudio Bastida, que se iba a llevar el premio, era una figura turbia, que aparecía rodeado de Antonios Fernández, uno Molina, otro Heliodoro, y absolutamente ligado al anterior. Tenía toda la pinta de ser un

seudónimo, cuidadosamente trabajado por Antonio Fernández Molina, finalista reciente del Adonais, que lanzaría su figura como antaño fue lanzada la de Jusep Torres Campanals, pero... Bueno, había que hacerlo mejor en el tiempo de la comunicación, así que se le daba un premio. Un premio en que los concursantes serían de verdad. La única verdad. ■ R. M. P.



Escribir la atmósfera

Ramón Carnicer, una vez más, demuestra haber nacido en el Bierzo y saber ser consecuente con los aires que ha respirado. Si sus cualidades estilísticas ya quedaban perfiladas en "Cuentos de ayer y de hoy", que obtuviese

el Leopoldo Alas, y su afán por el registro de menudas incidencias y latido de paisajes en su prosa viajera de "Gracias y desgracias de Castilla la Vieja", su última novela (1) tiene desde luego una común atmósfera, en la manera de hacer, con anteriores obras suyas, como "Los árboles de

(1) Todas las noches amaneco. Plaza y Janés, 1979.